

*¡Basta! + de 100 mujeres
contra la violencia de género*

**Muestra de una muestra de microcuentos
escritos por mujeres**

Pía Barros

Narradora
piabar@gmail.com

Las formas literarias breves, si bien también se expresan con excelencia y perfeccionismo, son formas inclusivas e integradoras. Así lo demuestra la respuesta a la convocatoria amplia para la muestra *¡Basta! + de 100 mujeres contra la violencia de género*, publicada como libro de bolsillo por Editorial Asterión. El título es denotativo, es autoexplicativo, respecto de la unidad temática que reúne a las autoras. Es la oferta de un canal para expresar la indignación sobre una realidad, una vergüenza demasiado antigua, que humilla a la condición humana. Es un genuino medio de protesta en un momento en que aparentemente las militancias están en retroceso y las escritoras y escritores eluden el famoso “compromiso social de los artistas e intelectuales”. Sin embargo, este pequeño libro reúne más de un centenar para decir claramente ¡basta! Si, sin ningún embozamiento, es un libro político. Y es literatura: narrativa con características precisas asociada a un subgénero que actualmente se estudia en diferentes foros de creadoras(es), de crítica y académicos. En efecto, la convocatoria no solo propuso un tema político, sino también puso condiciones de formato: la protesta contra la violencia de género –las innumerables formas del maltrato físico y simbólico contra la mujer– debía transfigurarse en literatura mediante relatos breves o microcuentos.

Si bien el microcuento, minificción, microrelato, ficción súbita o como prefiera denominársele, es una de las formas escriturales más nuevas, no menos cierto es que su práctica es tan antigua como el cuento, desde ya un género considerado “menor” debido a su vinculación con aquello asumido como femenino. Esta condensación del sentido también se vincula al grafiti, al chiste, al aforismo. Aunque su diferencia con este último es el “acontecer”: en un cuento, breve o extenso, debe *ocurrir* algo. La minificción irrumpe a diario en nuevos concursos, e intenta ser un signo de actualidad, donde el tiempo es un bien de alto precio, incluso el tiempo de lectura; el soporte en el que se lee cambia, los contenidos estéticos se alteran, las formas breves se retransmiten en mensajes que pierden autoría transformándose en propiedad de tod@s.

Asterión, una editorial de mujeres que en buena medida es continuadora de las “empresas de papel” de los años 80 en que la autogestión y la solidaridad permitía ocupar los márgenes y plantear los discursos alternativos al que imponía el mercado y la dictadura. Su logotipo es un minotauro que recorre su laberinto con una madeja de lana, para no perderse: es una fantasía y simultáneamente tiene un vínculo con la realidad cotidiana. Como las mujeres. Un grupo de cinco mujeres en Chile –y otras tantas fuera del país–, gestionan esta empresa de papel –como dijéramos– nacida en *los días del asco*, como escribió Stella Díaz. Ocupadas de la difusión y publicación de literatura que no siempre está en los circuitos comerciales. Esta vez, en un mundo que indudablemente ha cambiado y en el cual la indignación mundial contra las injusticias es simultánea.

Por ello nuestra convocatoria ha significado también que nos sintamos parte –diciendo *¡Basta!* desde nuestro libro– del movimiento social en auge. En cierto sentido, con sus propios soportes y modalidades, hacer el libro es una especie de marcha de ciudadanía indignada. Inconforme, descontenta, incómoda, en este caso con la discriminación que se expresa principalmente mediante la violencia de género. En lugar de gritar –o junto con ello– cada escritora escribió en silencio, participando activamente porque escribir requiere abocarse, comprometerse, exponerse.

Ahora hemos hecho *¡Basta!*, con más ganas y esfuerzo que medios. Unimos la fantasía literaria con la indignante realidad que representa la violencia de género. Es un tema que cruza nuestras vidas

como una bofetada silenciosa llena de ignominia. Durante años, quisimos hacer una antología que denunciara, mostrara, hiciera conciencia sobre el tema, y nos frenaba el dinero. A fines del año 2011, por fin logramos hacer un libro pequeño que cabe en cualquier bolsillo, de apariencia inocente: *¡Basta! Cien Mujeres Contra la Violencia de Género*. Convocamos a las escritoras a través de mail, redes sociales, voz a voz, para que escribieran relatos de no más de 150 palabras. Y el resultado fue espectacular. Seleccionamos las mejores cien y antes de tres meses, ya estábamos preparando la segunda edición con **“+ de 100 mujeres contra la violencia de género”**.

La selección y edición de estos textos tuvo criterios temáticos y literarios, donde se pretende mostrar la diversidad de la violencia de género, que incluye desde la concepción a niñas, adolescentes, mujeres, ancianas y transgéneros. Llegaron minificciones desde todos los puntos del país y también de chilenas residentes fuera del país. Las historias van desde el aborto del feto femenino, pasando por el abuso sexual infantil, la estigmatización de las opciones sexuales, el acoso laboral, la violencia física y emocional, hasta el feminicidio.

Todas respondieron con textos concisos, fuertes, de cuidadoso lenguaje, en la comprensión de sentido que toda minificción requiere.

Esta antología demuestra que se puede combatir la violencia con creatividad y su reverberancia en Perú, Argentina, Venezuela, Estados Unidos, Alemania lo reafirma. Pronto otros países replicarán esta iniciativa de acuerdo a sus realidades nacionales, construyendo una verdadera comunidad de textos.

Si bien esta pequeña muestra esta acotada a la escritura de mujeres es pertinente informar que esta iniciativa ha sido una obra en crecimiento que tiene una extensión en un segundo libro *¡Basta!*, que esta vez contiene los escritos de “más de cien hombres contra la violencia de género”. Gestualidad editorial con la que hemos querido denotar nuestra convicción de que no se puede romper la cadena de violencia solo desde las mujeres. El problema es sistémico, de todas y todos. Espero que esta muestra de la muestra despierte el interés por conocer estos libros y las réplicas que este movimiento está produciendo en otras partes.

Opciones

Se dijo que tal vez hubiese sido mejor el divorcio. Pensó en eso un minuto nada más, porque tenía poco tiempo para deshacerse del cuerpo. (Gabriela Aguilera).

Desayuno

Encerrada en el baño, mira el resultado del test pack y sabe que esa imagen romperá el silencio de aquella casona antigua de Santiago Poniente. Gira la manilla y escucha sus pasos al avanzar sobre las baldosas blancas y negras, por el largo pasillo hasta el comedor. Se detiene frente a sus padres que la esperan para desayunar y dice con voz fuerte y clara: veamos si ahora podrás ser buen padre, papá. (Karen Bascuñán).

I

Violencia de Género

El mantel tomó el cuchillo de la mesa que cubría y rasgó la cortina sediento de luz. “¿Qué haces?” le preguntó ella dolida y aterrorizada. ¡Violencia de género!, gritó.

II

Desayuno

Creí que lo querías tostado, le dijo mientras ella forzaba por retirar su brazo de la cocina a leña. (Romina Campos)

Grasocienta

Dejó de soñar porque las princesas son bellas y el espejo le devolvía su imagen distorsionada. Él dijo que era gorda y ella le creyó, él dijo que era vieja y le rompió el corazón. Es la Fea Durmiente, la Negra Nieves, la Ballenita. (Taty Torres)

Estados

Cinco mujeres, en el vestidor de la piscina municipal, constatan que todas tienen cicatrices en sus cuerpos.

–Mi padre –dice la del vientre quemado– por demorar con el agua para el té.

Nadie dijo nada.

La del pecho mutilado agrega:

–Marido maltratador. Libre.

Avergonzada, la del meñique faltante, cuenta:

–Hijo drogadicto, vive conmigo.

–Mi supervisor me partió la rodilla con un fierro por sumarme a la huelga de la fábrica. Ni siquiera lo encarcelaron –agrega la de la pierna tiesa.

La última se gira y muestra la espalda quemada del cuello a los tobillos, en un patrón de rayas:

–Ejército de Chile –dice. Parrilla eléctrica, cinco años presa, golpeada y violada. Ellos siguen donde mismo. (Susana Sánchez Bravo)

Porque no sabe

Anoche “Dios” bailaba en sus mejillas como una mancha. Muñequita quieta casi de trapo juega porque no sabe, porque no quiere, porque tiene la lengua mordida de leche porque no es leche.

Detrás de la puerta la puerta el sueño perfecto para atascarse el sueño en su faldita rota como un fantasma.

Bendita tú eres entre todas las mujeres. Y bendito es el jugo de tu sexo, tu cuerpo entregado por todas nosotras, mordido, por amor a mí, por amor a todos, tu lengua santa tu piel tu asquerosa piel corderita de dios.

Todas las niñas del barrio éramos de barro olíamos a carne y mierda teníamos el culo roto y las uñas pintadas de nacimiento lanzábamos besos al aire y manoseábamos a nuestros hermanos chicos.

Dios nos miraba desde arriba y nos subía la falda y nos enviaba al abuelo o al vecino. (Amanda Durán)

Detalles

Los pies de Juan son perfectos, salvo por los zapatos que los cubren y que usa habitualmente para golpear a su mujer. Fuera de ese pequeño detalle, me siguen pareciendo absolutamente perfectos. (Carmen Gloria Berríos)

El zorro

Nadie puede dudar de mi astucia y valentía, mi destreza con la espada y la pistola, la capa flota soberbia, el sombrero luce y el antifaz da misterio a mi mirada.

Espada en cinto entro, todos corren, saltan, ríen, mis botas negras con paso firme y resuelto, de improviso un reto, una espada desenfundada me apunta, el círculo se forma, con un giro de mano mi capa vuela y mi fiel florete sale a relucir, las armas se cruzan, es un pirata no hay duda, el truhán no es de confiar, avanzo, queda desarmado ante una estocada. Vencido me estira la mano, ganaste, me dice, pero no te conozco, cuál es tu nombre, el Zorro contesto, pero de qué curso eres, del tuyo contesto mientras me saco el antifaz, un silencio mortal cruza el patio, un niño disfrazado de marino grita –¡Es niña, el zorro no puede ser niña! (Paulina Correa)

Dejó caer el anillo de compromiso

Dejó caer el anillo de compromiso dentro del cenicero, al partir. Ese sonido la acompañó durante el tiempo de la reconquista de su propia dignidad. Y aún resuena. El pequeño brillante, si es que lo era, golpeó el metal dejando en el aire un sonido liberador.

Tiempo después, una amiga comentaría este acto diciendo:
–Digna la estúpida. (Susana Wiener)

La cara de Dios

El profesor de religión ha dicho hoy que Dios está en todas partes, en la Tierra, en el Cielo y en todo lugar. Suena por fin la campana, hace frío y son más de cien escalones los del cerro para llegar a Lota Alto. De pronto lo veo, allí está el pan sucio totalmente embarrado, no lo puedo salvar, entonces corro despavorida, las nubes gimen furiosas, llego a casa y Dios enojado me mira desde el techo, mientras la lluvia ruge. Es el tío, como otras veces, entra a mi pieza, resopla encima mío, me baña con su saliva borracha y yo suplico ¡perdóname, Diosito, nunca más dejo tu carita abandonada! (Luz Marina Vergara)

Testigos de peluche

– Mamá, anoche vino de nuevo.

– Natalia estoy cansada. No sigas con eso.

– Es cierto, mamá.

– Ya está bueno, Manuel jamás haría algo así.

– ¡Es verdad, no estoy inventando! – El grito de Natalia terminó por alterar a la madre. Tomó a la niña de un brazo y la arrastró hasta su dormitorio.

Natalia se quedó tirada en la cama, y miró. La lámpara en el techo con las flores de papel que hizo en el colegio. La repisa con las muñecas y peluches que el papá le regalaba sin motivo aparente. La cortina quieta ya sin brisa.

A medida que oscurecía, se acercaba la hora en que entraba el auto al garaje. Enterró los dedos en el oso amarillo, y no lloró.

Alguien abriría la puerta. (María Eugenia Brito A.)

Debajo del puente me perdí

(12 p.m.)

Oliendo a café de higo/ la hora de una perdida en un abismo/
es siempre la hora del abismo/ por donde fue parida/ en los comienzos del infierno/ como lo fue la madre.

A mi madre se la echaron.

El llanto de una bastarda/ se siente para ser perdida/ se la echaron y eyacularon / y los gritos fueron ahogados por el río.

Solitaria por el puente/ me echai una catcha/ tengo ricas las tetas/ en el Puente Purísima/ te cobro barato.

–¡Mijito! Una perdida no le teme al puente/ ni a nada.

Ese cabrón se fue porque no quiso/ meterse conmigo gritando:
¡Un coito por la vida/ y uno por la aurora!

Aquí en esta esquina hay bastardos/ huachos, maricones, busconas y traficantes.

Marionetas solitarias golfa fraudulenta/ camina chueca y adosadas a su piel/ unas jorobas aladas. (Carmen Berenguer)

Un tarro de leche

El padre llega del trabajo, entra en la casa y busca a la mujer en la cocina. No a la madre, no a la esposa, es a otra a la que busca; otra, la que lo tiene subyugado. Insidiosa, la mujer le susurra algo al oído. Entonces, él sube las escaleras, entra al baño y con violencia jala del pelo a su hija de nueve años. Furioso la saca de la ducha y la arrastra por las baldosas. La pequeña suplica tratando de cubrirse. Gime, llora, pero el padre no cede, enceguecido golpea; golpea donde caiga sobre su cuerpo, que desnudo arde. Un golpe seco entre las piernas y algo se quiebra, la niña sangra, sus labios se inflaman. ¿Por qué no le pediste permiso antes de abrir ese tarro de leche? (Eugenia Prado Bassi)

Bautismo

Mátame pos, huevón, mátame, le gritó acodada en la cocina, un brazo entre los pliegues del vestido. Lo vio abalanzarse sobre ella, mirarla como por última vez, y mientras el cuerpo caía lento, ella supo que moría a treinta años de vida conyugal. Lo supo en esa sangre nauseabunda que se iba, en el descanso de su espalda adolorida, en ese aire que llenaba sus pulmones en un suspiro nuevo. Por misericordia, retiró el cuchillo del pecho del hombre. Luego untó su dedo en la sangre y bautizó su frente con una cruz. (Paulina Soto)

Caramelo

Los esperados almuerzos familiares del domingo, mesa grande, conversación amena, y la mano del tío de pronto en mi muslo, la sopa ardiendo, quema un rojo incipiente, soltar la cuchara, sube su mano, algo sucede, nadie defiende. Pascualina con carne de cerdo, carne acaramelada: la sopa es de verdura y de vergüenza.

Es en la hora de la despedida, abro un caramelo, tiro el papel por sobre la pandereta y cae en la casa de al lado.

–Shhh... no le diga a nadie.

–Usted tampoco. (María Magdalena Becerra)

Otra Dalila

Amoroso. Así se había presentado. Con sus dientes blancos, parejos, la mordida dura. Y su sonrisa. Sonríe con la boca, con los ojos, con el pelo rizado. Todo era seducción, pienso ahora volviendo los ojos al tejido ¡Qué sueño éste de anoche! Un joven a mi lado, sudoroso, la boca semiabierto con sus dientes blancos, parejos. Yo también sudorosa tomaba unas tijeras y le cortaba un mechón, un recuerdo. Entonces me despierto ¡Qué sueño, pero qué sueño éste de anoche!, me digo temblando al descubrir un rizo castaño en mi sábana, éste que ahora intento entreverar al hilo. (Soledad Fariña)

Enemigas

Me decía que era linda, que mis ojos, que mi porte, que no parecía de trece años.

Elegía mi ropa, cepillaba mi cabello, me peinaba con cintillo y me compró mis primeros zapatos de medio tacón. Insistía en que no le contara a "la otra", que yo era su favorita, que él tenía dos esposas.

Un día, mientras hacía mis primeros intentos en la cocina, me abrazó por detrás, me tomó la cintura, me dio vuelta, y vi sus ojos cerca, muy cerca, antes de que me pincharan los pelos de su bigote en la cara y algo mojado entreabiera mi boca.

Que no dijera nada, decía, que era nuestro secreto.

Sólo cuando al tiempo lo vi haciendo lo mismo con mis dos hermanas menores, comprendí que mi madre no era mi enemiga. (Amanda Espejo)

Basura

Alrededor de las seis de la mañana de hoy, en un vertedero del sector del ex Fundo Santa Eugenia, ubicado en el acceso sur de la Autopista del Maipo, comuna de Paine, fueron encontrados los cadáveres de dos mujeres con signos claros de haber sido abusadas sexualmente y luego atropelladas.

Hasta el momento se desconoce la identidad de las víctimas, pero según antecedentes preliminares, se determinó que las edades de ambas fluctuarían entre los veintiocho y los cuarenta años.

En el momento del hallazgo los cuerpos se encontraban desnudos y sus ropas desperdigadas por la zona. La mujer más joven habría tenido un calcetín empuñado en su mano derecha, y se determinó que estaría embarazada de unos seis meses. Ambas víctimas presentan lesiones traumáticas en el tórax y cráneo, lo que refuerza la teoría de que habrían sido atropelladas y luego arrastradas por sus victimarios hasta el vertedero del sector. (Nona Fernández)

¿Henry Gauthier-Villars?

Henry Gauthier-Villars, crítico, artista, músico, escritor importante, según la Wikipedia. Que usó otros seudónimos desconocidos y maravillosos como Henry Maugis, Robert Parville, l'Ex-ouvreuse du Cirque d'été, L'Ouvreuse, L'Ouvreuse du Cirque d'été, Jim Smiley, Henry Willy; pero que además, y por sobre todo, y tal vez solamente, es conocido y aparece en la Wikipedia, porque le robó a su mujer, la gran Colette, sus primeros libros, la serie *Claudine*, y los firmó con su nombre. (Claudia Apablaza)

Las súplicas que nadie oyó

Desde la casa del fondo provenían los peores gritos de toda la cuadra. Todas las familias, de una u otra forma, ajustaban cuentas con sus hijos cuando llegaba el informe de notas, o no se lavaron las tazas cuando correspondía. En esa casa las cosas eran peores que en otros lados. Primero las súplicas, luego el llanto: Angustioso, terrible, como si a la mujer la quemaran con agua hirviendo o con cigarrillos. Nunca pude saberlo porque jamás vi algo.

Sé que tenía un bonito pelo. Lo vi solo una vez, de la mitad a las puntas, colgando de una bandeja, el resto estaba tapado con un nylon naranja. (Natalia Berbelagua)

Y de la basura cósmica

Entonces llegas y te sientas, el diario abierto entre tus manos marca la distancia. Te informas de todo lo que ocurre en el planeta, guerras, cambios de gobierno, de huracanes, del cierre de las acciones, del Dow Jones, del Merval, del Nasdaq, que el dólar baja,

que el cobre... pero lo que descubrirías con sólo bajar el periódico, te aterra, lo sabes, el pantano turbio, el desencanto, las pequeñas y grandes grietas. No quieres ver la tristeza, ni hacerte cargo del terrible desamparo que envuelve nuestras vidas, los ritos cotidianos, de día, los amigos, el trabajo, la rutina, de noche, insomnio y amargura, la soledad enquistada, me he vuelto invisible ante tus ojos, de nada vale, que te quiera, de nada vale tanto esfuerzo, todo inútil, todo en vano, sólo esta dosis de arsénico hará que mañana en el periódico te enteres que no estoy. (Maruxa Cámeron)

Herencias

Sí, comadre. Es cierto que me grita harto, pero al menos no me pega. Mi viejo le sacaba la cresta a mi mamá. Él sí que era violento. Hasta a nosotras nos llegaba a veces.

Yo creo que mi cuñado también le pega a mi hermana. Cuando se cura, se enoja y después se hace el hueón, pone cara de idiota. El otro día se la llevó cuando estábamos conversando cagadas de la risa. Como que se pica, porque cree que hablamos de él.

Joaquín anoche dejó la mesa puesta. Se indignó porque me atrase y no alcancé a tener la comida lista. Me gritó puta y salió dando un portazo... y eso que no sabe que un par de veces lo hice. Cobré poco, eso sí. Estaba chica todavía. Fue antes de casarme.

¡Menos mal que me casé! (Hilda Carrera)

La Mery

En la pieza se cuele el frío por las tablas de nueve inviernos. El Pedro paró las cuatro paredes al fondo del patio de la casa de la tía Chela, y allí nacieron el Jonathan, la Jeanette, el Mirco y la Marlen. El Pedro comenzó a llegar tarde, borracho. Le pegaba y no tenía ni para comprar pan. Conoció al Nano que les llevaba té, azúcar, un Pall Mall y algunos pancitos. Una noche el Nano le dijo que se fuera con él. Ella se fue. Volvería por los chiquillos después. Cuando le avisaron, corrió desesperada, pero la tía Chela no dejó que los viera. Tuvo que tomar pastillas para ir al entierro. En la cama que comparte con el Nano, arropa a la Dayana y llora, no por el Pedro sino por los cabros chicos. Se seca los ojos pero las lágrimas no acaban. –Es que

ando sensible –me dice, enseñándome su guata de embarazada. (Carolina Catalán)

Tío

Te sientas en la cuneta, lo sacas de la bolsa, abres la tapa, llevas la boca al pote, lames la parte café, después la amarilla, jadeas, te tiemblan las manos, sigues lamiendo, llega Tío a tu cabeza, tan nítida su cara anoche frente al refrigerador, llevándose la jarra a la boca y a ti después –a tu boca seca y chica y miedosa– y cerrando la puerta, solos y a oscuras, todas las luces de la ciudad desconectadas o conectadas en alguna otra órbita mientras Tío bate su lengua en tu boca y tú apenas tienes saliva y vas tragando el sabor crudo, a vino con chirimoya o durazno, no sabes bien, y lames esa boca que ahora se aleja y dice algo que no escuchas o no entiendes, y se va. Te limpias las manos con la bolsa, miras el pote de helado ya sin helado, piensas en Tío y sientes la lengua toda pegajosa. (Alejandra Costamagna)

Nuca

La casa había quedado como quedan las casas cuando las personas se van de vacaciones. Desierta, con los muebles cubiertos de aquella lava fría. Desierta y muda. Como ella misma.

Esa misma noche ella le había escrito la carta. La carta que contenía una sola palabra.

Y se había ido, simplemente, sin ruido.

Había saludado por última vez al conserje sardónico que la miraba sardónicamente.

Se había ido caminando lentamente por la calle, como si estuviera en el fondo del mar.

Lo último que había visto de él era su nuca. (Ana María del Río)

27 de febrero

Mamá arrancó con mi hermanito en brazos. Pensó que la seguiría, pero con el alboroto no me atreví. Todos los vasos y las fotografías familiares del mueble volaron por el comedor. Papá gritó algo

terminado en puta y dejó que mamá se llevara las marcas de sus manos agresivas sobre la piel. Cuando quedamos solos intenté protegerme. La casa iba cayendo poco a poco. Él se vino sobre mí, comenzó el remezón y los movimientos. Fue una noche de imborrables réplicas. (Lorena Díaz Meza)

Legítima defensa

Veintisiete huesos dentro de mí, un revolotear de uñas y cutículas, tu dedo índice sermoneándome mientras se deshace, el anular perdido para siempre. No estoy arrepentida, la boca está bien puesta, aunque tenga la lengua un poco ahorcada y la mandíbula como la de una boa. Quizás deba ir al dentista. Tu sangre tiñó mis muelas y se está coagulando en mis encías. Arg. Y a la jueza le diré la verdad y nada más que la verdad: que tenías la mano dura. (Lilian Elphick)

Silenciosa

“¡Perra!” –escuchas su voz acercándose– “¡Me cagaste, perra!”

No sientes los golpes, ni su brazo apretando tu garganta, ajena a ese cuerpo sometido en una cocina siempre pulcra y ordenada.

Mete la mano bajo tu falda, aprieta tu sexo y dice: “¿Te gusta así, PERRA?”.

El tono en que lo dice, retumba en tu oído. Te miras como perra, la que se aparea con otro macho, uno mejor. Macho que te montó como perra... y te gustó. Sientes todo otra vez.

Son las cuatro de la tarde, los niños están por llegar y ya te sabes esta historia. Leal y protectora de tus cachorros, calculas cuánto más necesitas estirar el brazo para alcanzar el juego de cuchillos perfectamente ordenados en su madera.

Lo miras a los ojos y él sabe, entiende en un instante, que eres de las perras que no ladra, pero muerde. (Claudia Farha)

¿Te acostaste con César Vallejo?

Ella anota en su agenda Rhein a las 11 horas, un nombre: César Vallejo. Para él es un nombre cualquiera; para ella, el autor de los versos que lee descubriendo otra forma de nombrar las cosas.

Si define “deseo”, ahora dirá “...fue una tarde de septiembre/ cuando sembré en tus brasas, desde un auto/ los charcos de esta noche de diciembre”. Él la cela desde siempre, por eso husmea sus cosas y le intriga esa cita a media mañana. Hace días que él no le habla, llega a casa dando un portazo. –¿Qué pasa? –Nada. –Pero cómo que nada. –Me tenís que explicar algo. Tira la agenda abierta y pregunta –¿Te acostaste con César Vallejo? Ella ríe fuerte. –Lee –dice. –Ignorante. Él vuelve los ojos locos, el rostro fiero, abre zanjás oscuras en su alma. Ella repite: “Hay golpes en la vida, tan fuertes, yo no sé...” (Andrea Jeftanovich)

De mujer para mujer

El sol arde en el desierto somalí. Poco, comparado con la abrasada entrepierna de la pequeña Lyia, en su ritual de ablación.

La condujo su madre, Wangary. La creía desvalida sin un hombre que la aceptara en matrimonio, pero estremeció frente a la gitana de la tribu y su cuchilla de afeitar sucia, sin filo de tanto cercenar genitales en carne viva.

Hemorragia intermitente. Wangary repasa su historia. Menstruaciones, sexo, infecciones, parto, micción: un solo dolor brutal. Sus manos dejan de sujetar el muslo de Lyia para cerrarle los ojos. Luego libera los gritos atrapados en el trozo de madera apretado entre sus dientecitos.

La noche las sorprende desvelando su propio misterio. Pronto amanecerá en África. (Cristina Linhares)

Material Docente

Salgo a la calle, es de noche y en el edificio del frente se refleja la luna.

Bajo esas dos lunas camino por la noche desierta.

Llego a la esquina y me abordan dos muchachos vestidos de mujer, me piden un cigarrillo.

Les digo que a la vuelta. Uno de ellos me toma por el cuello y arrebatá un pequeño bolso en que llevo mi celular y el dinero para los cigarros.

Me impresiona la fuerza sobre esos tacones tan altos.

Se escapan y yo quedo tirada, dolida y desconcertada.

Miro la doble luna en el espejo como a una metáfora.

Vuelvo a mi casa y sentada frente al computador, término de preparar mi próximo taller de género. (Marcia López)

Trabajo infantil

El viejo del último auto me ofreció un billete –dijo a su hermano menor, quien todavía tenía en sus manos las pelotas que alzaba al aire todas las tardes en ese semáforo.

– Espérame aquí, ya vuelvo –y se perdió en la esquina donde una camioneta doble cabina, aún en marcha esperaba por ella.

Al atardecer, luego de varios semáforos en rojo y en vista de que su hermana no volvía, el pequeño regresó a su casa.

Los ojos se le llenaron de lágrimas cuando vio el pollo asado sobre la mesa, su hermana sonriendo, la madre también. Una arcada le llenó la boca de saliva al comerlo; pese a esto, apenas conteniendo las lágrimas, continuó. El asco todavía no lograba quitarle el hambre. (Paula Mandiola)

Mujer bien parada

Como ella era una mujer bien parada, que sabía defender sus derechos y no daba su brazo a torcer, un día él se lo torció con tal fuerza que, antes de rendirse, la articulación de su codo cedió con un violento crujido.

En el hospital ella dijo que se había tropezado. Caído contra unos escalones.

Después él le regaló flores, la atendió, la consoló, le hizo el amor como si hubiera sido la primera vez.

Ahora ya no pelean tanto, ni es necesario confrontarla para que dé su brazo a torcer porque nunca más volvió a ser el mismo.

Le quedó así el brazo, torcido. (Andrea Maturana)

Exclusión

Ana me contó que vivió tres años con el amor de su vida. Compraron una casa, muebles y un auto rojo. Aunque de vez en cuando

la golpeaba, eran felices. Hasta que un día la dejó inconsciente. Una amiga la ayudó a huir al norte con ropa y plata prestada.

– ¿Por qué no hiciste la denuncia? –le pregunté. – Porque nadie sabía que el amor de mi vida era una mujer –dijo. (Tatiana Mayerovich)

Aguja maestra

La vieja arrastra su cuerpo maltratado hacia la claridad de la ventana y se sienta ante su monumental labor de costura. Enhebra un largo hilo blanco como una cana, forja un nudo sucio, hunde su puntada en el cuero. Hilvana primero, después trabaja meticulosos pespuntos invisibles que van uniendo las orillas. Acabada cada sutura levanta el brazo, y la mano, y entre los ásperos dedos brilla victoriosa su aguja maestra. Con ella vuelve a arremeter una y otra vez, prometiéndose que nadie podrá deshacer su obra. Al insinuarse la tarde ya no queda ningún desgarró que zurcir, ninguna herida abierta en todo su cuerpo. (Lina Meruane)

Transgénero

Deseché mis privilegios para ser la mujer que soñaba.

Ahora estreno mis tacones altos en la vereda de la discriminación. (Miranda Montealegre)

Juego de roles

A Malú le gustaba llevar un bebé en el vientre. Se ponía almohadas, muñecas, globos que abultaran bajo sus ropas. ¿Cómo me veo, papi?

Paría muñecas a diario, amamantaba, mudaba. Era su entretenimiento preferida.

Hasta el día en que las manos la tomaron, la elevaron por los aires y la depositaron sobre unas sábanas sucias.

Ella recuerda con nostalgia cuando cambiar pañales era tan sólo un juego. (Paola Monti)

En Nombre de Ninguna (Fragmento)

Cuando cayó su muñeca al pozo séptico a ella misma le cubrieron la nariz con un pañuelo impregnado de colonia y la bajaron amarrada de la cintura para rastrear entre la mierda de los suyos. Después tuvo que refregar el amasijo de plástico y sacarle brillo a los ojos de vidrio. Y después lavar la ropa, lavar la ropa toda, toda la ropa. Y todavía más tarde, escarbar con una astilla debajo de las uñas donde el olor se concentró para siempre. (Rosabetty Muñoz)

Como en las películas

En la pantalla del televisor, los golpes suenan en perfecta coreografía con los gritos. La heroína sangra por la nariz pero su cabello sigue cayendo sobre sus hombros, perfecto. Los moretones parecen combinar con su blusa. La música de fondo acompaña con precisión los impecables movimientos del hombre.

La niña observa hipnotizada, sin poder cambiar de canal.

Su padre, en la cocina, se sirve un trago, quebrando un par de vasos en el intento. Su madre, en el baño, con la puerta entreabierta, emite débiles gemidos.

Tiene el pelo desordenado. Sus moretones no combinan.
(Tampoco hay música).

Fuera de eso, todo es igualito a las películas. (María José Navia)

Tornillo

Cuando era niño lo tenía. No se me extravió porque mis padres, en ese entonces, se preocuparon de que lo conservara. Solían decirme que de la crianza dependía que no se me zafara un tornillo.

El tornillo, en mi infancia, estuvo en el lugar correcto. Lo pasaba bien en el colegio, era buen alumno y jugaba a la pelota en el recreo. El tornillo estaba bien firme. Pensé que sería para siempre, pero aflojó.

Tenía dieciséis años. Mi madre entró a mi pieza y dijo que mi aparato ya podía usarse. Se montó sobre mí. El aparato funcionó, a pesar de no estar preparado.

Entonces el tornillo se soltó y oxidó, hasta desaparecer... Y mientras manoseo a mujeres en la calle, me gustaría recuperar el tornillo, que no me hiciera falta. Suelo buscarlo mucho, sin embargo,

no lo encuentro. No puedo encontrar el tornillo. Mi madre lo hurtó.
(Pamela Peralta)

Rabia Parida

Le tengo una rabia parida al concha de su madre. Este año ya voy en siete abortos. Ahí parto sola donde la vieja Olga. Me abro de patas para que me saquen al niño nuevo. El lindo no quiere chiquillos todavía, me mata si le traigo uno. Quiere a su "hembra", así dice, con su cinturita de avispa. ¿Por qué no usa condones el muy mierda y me salva de pasar por este martirio? Es un avaro, no me da ni un peso, no me deja trabajar, la plata no pasa por mis manos.

Me haría tratamiento, un tratamiento que me dejara vacía para siempre.

Cuando sale la luna, se saca la correa y me amarra.

No tengo escape.

Mi papi y mi mami me entregaron como vaca al matadero. (Malucha Pinto)

Error de percepción

Están totalmente equivocados. Teníamos algo hermoso. La gente es malpensada. Me enamoré de ella, nos íbamos a casar. Si hasta dejé a mi mujer. Y ya casi tiene doce. (Lorena Saavedra)

Justicia

Ángela se levantó de la tierra y pidió justicia. Justicia para el hambre, justicia para cerrar las heridas que no la dejaban morir, justicia para los golpes de piedra, para la encarnación de sus hijos, para los que habían quedado atrapados entre las manos de otros cuerpos, justicia para los que pudieran escucharla escondidos en la memoria de otras tumbas, mudos ciegos, descansando en otras cruces donde su voz no llegaba y la oscuridad gritaba un lejos que la separaba para siempre de la justicia humana. (Emma Sepúlveda)

Perdón, perdón

Era un hombre muy dulce... cuando no consumía eso. Siempre cariñoso y gentil, pero si se drogaba, enloquecía. Me obligaba. Cuando empezó con los golpes no protesté: era necesario para él. Perra, me gritaba. Era un juego violento. Sólo un juego. Nunca me quejé. Sudor, bramidos, el rostro desfigurado. Sus insultos, mis silencios. Alguna vez le susurré entre lágrimas que no me dañara, pero no me escuchó. Ayer dije basta. No más. Fue fácil enterrar el cuchillo en sus carnes blandas. Una, dos, no sé cuántas veces. ¿Treinta, me dice? No sé. Tampoco sé qué voy a hacer ahora sin él. ¿Me perdonaría? ¿Usted cree que él me habrá perdonado? (Elizabeth Torres)

Cara de Dios

Acababa de parir su segundo hijo, una belleza de muchacho, lindo y sano como el primero.

De vuelta del hospital, la atacaron en el bajo vientre unos dolores atroces (después supo que se llamaban entuertos). Pese al intenso sufrimiento, acometió las labores domésticas. Bañó y alimentó a los hijitos.

Se sentía bendecida.

Como pudo, hizo el almuerzo. Puso la mesa, ordenó lo mejor posible.

Llegó el marido y le sirvió, deseando que encontrara todo sabroso. Entonces ocurrió algo inconcebible: él tomó un pan, lo golpeó contra la mesa y lo lanzó contra el suelo: “¡Yo no como pan añejo! ¡Anda a comprar!”

No supo reaccionar ante la brutal actitud de ese hombre, ahora desconocido para ella. Sobreponiéndose a los feroces calambres breves pero pertinaces partió a la panadería.

Jamás pudo recuperar la memoria de lo que pasó después, pero es imborrable su sensación de haberse vuelto pan añejo y golpeado. (Virginia Vidal)

Antígona de los objetos

El cuerpo del plato se separó en muchos pedazos irregulares, y cada uno tomó la forma que el impacto le asignó. La nueva y múltiple

individualidad de sus partes maldijo el accidente, pues su identidad moría a la vez que pasaban a formar parte la inmensa cantidad de desperdicio. De pronto, una mano levantó el pedazo más grande y lo incrustó en el ojo de quien antes lo lavara. Al principio cada parte que quedaba en el suelo lamentaba tan triste destino, pero más tarde lo envidiarían: él sería el único que tendría un entierro digno, junto a la mujer, en el fondo del patio. (Yosa Vidal)